

Un sacerdote que pertenecía á la derecha dijo: "Ayer, en medio de sus sufrimientos, hizo llamar al señor obispo de Antun, y entregándole su obra sobre las *Sucesiones*, que acababa de terminar, le suplicó que para darle la última prueba de amistad se sirviese leerla á la Asamblea. Este deber es sagrado, y el señor obispo de Antun debe ejercer aquí las funciones de albacea testamentario del grande hombre cuya pérdida lloramos."

El presidente Trouchet propuso que se enviase una comision á los funerales; la Asamblea respondió: *Iremos todos*.

Las secciones de Paris pidieron que se le enterrase en el campo de la Federacion, bajo el altar de la patria.

El directorio del departamento propuso que se le diera por sepulcro la nueva iglesia de Santa Genoveva y que se decretase que este edificio se destinase para guardar las cenizas de los grandes hombres. Al ocuparse de este asunto Mr. Pastoret, procurador general, dijo: "Las lágrimas que se derraman por la pérdida de un grande hombre no deben ser estériles. Muchos pueblos de la antigüedad encerraron en monumentos separados á sus sacerdotes y á sus héroes. Esta especie de culto que tributaban á la piedad y al valor, debemos rendirlo actualmente al que procuró la libertad y la felicidad de los hombres. El templo de la religion debe ser el templo de la patria, y la tumba de un grande hombre debe convertirse en el altar de la libertad."

La Asamblea aplaudió estas palabras.

Barnave exclamó: "Merece efectivamente los honores que la nacion debe conceder á los grandes hombres que la sirven bien."

Robespierre, es decir, la envidia, se levantó tambien y dijo: "No es oportuno ahora, que en todas partes se oyen los lamentos que excita la pérdida del hombre ilustre que en épocas críticas ha desplegado tanto valor contra el despotismo, oponerse á que se le tributen estas distinciones honrosas. Apoyo la proposicion con todo mi poder, ó mejor dicho, con toda mi sensibilidad."

Aquel dia no hubo derecha ni izquierda en la Asamblea nacional, que por unanimidad promulgó el siguiente decreto:

"El nuevo edificio de Santa Genoveva queda destinado para guardar las cenizas de los grandes hombres.

"Encima del frontispicio se grabarán estas palabras:

A LOS GRANDES HOMBRES.

La patria reconocida.

"Al Cuerpo legislativo le corresponde decidir á qué individuos se concederá semejante honra.

"Honorato Riquetti Mirabeau se ha hecho digno de recibirla."

El grande hombre de 1791 era el hombre abortado de 1781.

Al dia siguiente el pueblo asistió á sus funerales, formando un séquito de más de una legua, en el que se echaba de menos á su padre, que habia muerto, como convenia á un gentil-hombre de su clase, el 13 de Julio de 1789, la víspera de la caida de la Bastilla.

Con intencion hemos comparado las dos fechas de 1781 y 1791, las memorias y la historia, el Mirabeau de antes y el Mirabeau de despues, aquel juzgado por su familia y éste juzgado por el pueblo. Este contraste ofrece un manantial inagotable de meditaciones. ¿Cómo en diez años el demonio de una familia se convirtió en el dios de una nacion? Profunda cuestion es esta.

II.

No se crea que desde el momento en que salió ese hombre del seno de la familia y se presentó ante el pueblo, fué en seguida y por aclamacion aceptado como dios. Nunca sucede eso: siempre se levanta la envidia donde descuella el génio. Sucedió, por el contrario, que hasta la hora de su muerte á ningun hombre se despreció tanto y tan completamente como á Mirabeau. Cuando fué nombrado diputado por Aix y llegó á los Estados generales, no excitó la envidia de nadie. Como era desconocido y tenia mala fama, los hombres bien reputados no se ocupaban de él; era feo y de mala traza, y le compadecian todos los que se veian favorecidos por los dones de la naturaleza.

Su traje negro borraba su nobleza y las viruelas su fisonomía. ¿Quién habia de envidiar aquella especie de aventurero, requerido por la justicia, deforme de cuerpo y de rostro, que estaba arruinado y que los electores de Aix enviaron á los Estados generales, sin duda por inadvertencia ó sin saber por qué? Nadie, pues, le hacia caso; cualquier diputado simpático y rico que estuviera á su lado era más digno de consideracion. Ni ofuscaba ninguna vanidad, ni servia de obstáculo á ningun pretendiente; era un guarismo cualquiera que

apenas entraba en los cálculos de las ambiciones rivales. Poco á poco, esto no obstante, como llegaba el crepúsculo para todas las antiguallas, se formó bastante oscuridad alrededor de la monarquía para hacer visible el resplandor propio y sombrío de los grandes hombres revolucionarios. Mirabeau empezó á brillar.

Entonces se acercó la envidia á su resplandor como las aves nocturnas van á buscar la luz. Desde aquel momento la envidia se apoderó de Mirabeau para no soltarle nunca.

Ante todo, lo que parece extraño, pero no lo es, lo que la envidia le disputó hasta su muerte, lo que le negó cara á cara, sin escasearle por esto otras injurias, fué precisamente lo que la posteridad considera como su verdadero título. Su génio de orador. Este es el camino que la envidia sigue siempre; arroja constantemente piedras á la fachada más hermosa del edificio. Fuerza es convenir respecto á Mirabeau que la envidia podia disponer de buenas razones. *Probitas*: el orador debe ser hombre sin tacha, y á Mirabeau puede reprochársele mucho; *prestantia*: el orador debe tener buena presencia, y Mirabeau era feo; *vox ammena*: el orador debe tener un timbre de voz agradable, y Mirabeau tenia la voz dura, áspera y chillona; *tronaba siempre*, no hablaba nunca; *subrius audencius*: el orador debe ser bien quisto de su auditorio, y la Asamblea odiaba á Mirabeau, etc. etc. Por todas estas razones decian muchos: *Mirabeau no es orador*.

Pero esos racionios, lejos de probar esto, solo probaban que los Cicerones no habian previsto á los Mirabeaus. Indudablemente éste no era orador como aquellas gentes comprendian esta palabra; pero lo era á su modo, segun su naturaleza, segun su organismo, segun su alma, segun su vida: era orador porque le odiaban, como Ciceron fué orador por el afecto que le profesaban sus conciudadanos; era orador por su fealdad, como Hortensio lo era por su hermosura. Era orador porque habia sufrido, porque habia quebrado; porque, joven todavia, se vió rechazado, escarnecido, difamado, desterrado, preso y condenado; porque, como el pueblo de 1779, á quien él simbolizaba, habia permanecido en minoría y en tutela despues de haber entrado en la edad de la razon; porque la paternidad fué dura para el pueblo; porque, como el pueblo, estuvo mal educado, y

como á éste, su mala educacion le hizo brotar un vicio en la raiz de cada virtud. Era orador porque, merced á las grandes brechas que abrieron los sacudimientos de 1789, pudo extravasar á la sociedad todas sus efervescencias interiores, que durante mucho tiempo comprimió la familia; porque, brusco, desigual, violento, vicioso, cínico, sublime, difuso, incoherente, con más instintos que pensamientos, con los piés manchados y con la frente radiante, era semejante á los años ardientes en que resplandeció y en los que cada dia pasaba llevando marcada su palabra en la frente. A los hombres imbéciles que desconocian su época, que dirigian á Mirabeau la pregunta de si realmente se creia orador, se les hubiera podido responder estas palabras: "Preguntádselo á la monarquía que espira; preguntádselo á la revolucion que empieza." Hoy, que nadie pone en duda su talento oratorio, cuesta trabajo creer que en 1790 muchas gentes, entre ellas algunas que eran amigas de Mirabeau, le aconsejasen que *por su propio interés debía abandonar la tribuna, donde jamás conseguiria un éxito completo*. Las cartas que esto dicen las tenemos á la vista.

Trabajo cuesta tambien creer que en aquellas memorables sesiones, en las que él agitaba á la Asamblea, en las que con su mano poderosa lograba que se chocasen las ideas sonoras del momento, en las que forjaba y amalgamaba con habilidad en sus palabras su pasion personal y la pasion de todos, que antes y despues, y mientras hablaba, resonasen los aplausos, siempre envueltos en risas y en silbidos. Los periódicos y los folletos de la época son un tejido de injurias y de violencias contra el génio de aquel hombre; le zaherian por cualquier cosa, pero su monomanía era criticarle continuamente la voz ruda y áspera y su palabra siempre tonante. ¿Qué contestación dar á esto? Que tenia la voz ruda, porque al parecer habia pasado ya el tiempo de las voces dulces; que tronaba su palabra, porque los acontecimientos tronaban tambien, y cuando estos son gigantescos, es propio de los hombres de alta talla elevarse hasta ellos.

Además, y esta es la táctica que se sigue siempre contra los génios, parece que estén de acuerdo siempre todos los partidos, por medio de una convicción tácita, para oponerle y preferirle en todas ocasiones otro orador, hábilmente

escogido por la envidia y que excite las mismas simpatías políticas. A Mirabeau le opusieron Barnave. Siempre sucede lo mismo.

En época determinada acontece á veces que representan la misma idea á un tiempo, pero en grados diferentes, un hombre de génio y un hombre de talento. Para el hombre de talento esta posicion es una suerte; consigue la gloria presente é incontestable, pero esa gloria se desvanece con celeridad. La envidia y el ódio acometen directamente al más fuerte.

Rivarol decia: *Mirabeau es más escritor y Barnave es más orador.*—*La sesion memorable del 13,* escribia Chamfort, *es la que ha acabado de probar la preeminencia, demostrada hace mucho tiempo ya, de Barnave sobre Mirabeau como orador.*—*Mirabeau ha muerto,* murmuraba M. Target estrechando la mano de Barnave; *su discurso sobre la fórmula de la promulgacion lo ha matado.*—*Barnave, habeis enterrado á Mirabeau,* añadia Duport, aprobando sus palabras la sonrisa de Lameth.—Goupil decia: *Barnave gusta y Mirabeau apesadumbra.*—*El conde de Mirabeau tiene rasgos,* decia Camus, *pero nunca pronunciará un verdadero discurso.*—*En vano Mirabeau se fatiga y suda,* decia Robespierre; *nunca llegará á la altura de Barnave, que no manifiesta tantas pretensiones y que vale más que él.* Esas envidiosas injusticias arañaban á Mirabeau y le hacian sufrir en medio de su poder y de sus triunfos. Si el ódio que le profesaban no hubiera encontrado, para ponerle enfrente, á un hombre de talento, le hubieran puesto una medianía. La envidia no mira nunca la clase de la tela que le sirve de bandera. En su época, Mairét fué preferido á Corneille y Prandon á Racine. Todavía no han pasado cien años desde que Voltaire exclamaba: "Se atreven á preferir á mí al bárbaro Crevillon." En 1808, Geoffroy, que era entonces el crítico más afamado de Europa, decia que M. Lafon era superior á Talma. En 1798, Moreau era preferido á Bonaparte, y en 1815, Wellington á Napoleon. Repetimos que encontramos extraño que Mirabeau se irritase de semejantes miserias: su paralelo con Barnave le ofuscaba. Si hubiese penetrado en el porvenir, se hubiera sonreido; pero generalmente el defecto de los oradores políticos estriba en fijar demasiado la vista en los contemporáneos y en no mirar bastante á la posteridad.

Barnave y Mirabeau ofrecian por otra

parte perfecto contraste. Cuando se levantaban á hablar en la Asamblea, Barnave hacia sonreír á los asistentes y Mirabeau provocaba una tempestad. Barnave conquistaba la ovacion del momento, el triunfo pasajero, la gloria en la *Gaceta*, los aplausos generales. Mirabeau producía la lucha y la tempestad. Barnave era un jóven hermoso y que se expresaba con gran fluidez. Mirabeau, como decia ingeniosamente Rivarol, era un *monstruoso parlanchin*. Barnave era uno de esos hombres que cada vez que hablan miden á su auditorio, toman el pulso al público y no se aventuran más allá de la posibilidad de ser aplaudidos, se inclinan siempre servilmente ante el dios éxito, llegan á la tribuna, algunas veces con la idea del día, otras con la de la víspera, pero jamás con la del día siguiente, porque no se atreven á tanto, y tienen la facundia nivelada, llana y flúida, sobre la que hacen caminar y circular con sus diversos bagajes las ideas comunes de su tiempo; Mirabeau, por el contrario, era el hombre de la idea nueva, de la iluminacion repentina, de la proposicion arriesgada; fogoso, descabellado, imprudente, inesperado siempre, chocando, hiriendo y derribando, sin obedecer á nadie más que á sí mismo, buscando el éxito sin duda, pero despues de buscar otras cosas, y gozando más en obtener en su corazon el aplauso de las pasiones que el aura popular en las tribunas. Ardiente, rápido, profundo, raras veces transparente, jamás vadeable, hacia salir mezcladas con su espuma todas las ideas de su época. La elocuencia de Barnave al lado de la de Mirabeau se semejaba á un camino real que costea un torrente.

Hoy, que la gloria de Mirabeau está sólidamente cimentada, apenas nos parece creíble la dureza con que le trataron sus colegas y sus contemporáneos. Mientras hablaba, Gillerny exclamaba: *Mirabeau es un malvado, un asesino.* Ambly y de Lantree vociferaban: *Mirabeau es un gran pordiosero, etc. etc.*

Algunas veces el ódio que le manifestaba gran parte del auditorio dejaba huellas en su elocuencia, y en medio de su magnífico discurso *sobre la regencia*, por ejemplo, se escapaban de sus labios palabras desdeñosas, melancólicas, sencillas y altivas, que convendría que meditaran los hombres que se encuentren en situacion análoga. Decia: "Mientras estaba hablando y desenvolvía mis primeras ideas sobre la regencia, he oído ex-

clamar, con la seguridad deliciosa á que estoy acostumbrado hace tiempo: *¡Eso es absurdo! Eso es extravagante! ¡Eso no se debia proponer!* Los que eso dicen debian reflexionar antes de decirlo." Así se expresaba el 25 de Marzo de 1791, siete dias antes de morir.

Fuera de la Asamblea la prensa le atacaba con furor, y llovian libelos sobre él. Los partidos extremos le hacian sufrir igual tortura. El nombre de Mirabeau se pronunciaba con el mismo acento en el cuartel de los guardias de Corps que en el club de los Franciscanos. Champcene decia: *Ese hombre tiene viruelas en el alma.* Lambesc proponia que le prendieran veinte soldados y que le llevaran á presidio. Marat escribia: "Ciudadanos, levantad ochocientos patibulos, ahorcad á todos los traidores, y al frente de ellos al infame primogénito de los Riquetti." Procurando Mirabeau que la Asamblea nacional no persiguiera á Marat, se contentó con responder: "He visto que se publican extravagancias, y acabo de leer un párrafo escrito por un hombre ébrio."

De modo que hasta el 1.º de Abril de 1791, Mirabeau es un *pordiosero, un extravagante, un malvado, un asesino, un loco, un orador de segundo orden, una medianía, un hombre muerto, un hombre enterrado, un monstruoso parlanchin*, más escarnecido y silbado que aplaudido; Lambesc propone que se le mande á presidio y Marat á la horca. Muere el 2 de Abril y el 3 se inventa para él el Panteon.

Grandes hombres, morid hoy si quereis tener razon mañana.

III.

El pueblo, que tiene un sentido particular y singularmente recto el rayo visual, que no es rencoroso porque es fuerte, ni envidioso porque se siente grande; el pueblo, aunque es un niño, conoce á los hombres, y estaba al lado de Mirabeau. Este era la imágen del pueblo de 1789, y el pueblo de 1789 era la imágen de Mirabeau. Para el hombre pensador no hay espectáculo tan bello como el estrecho maridaje del génio y de las masas.

Negaban influencia á Mirabeau y la tenia prodigiosa. Despues de todo, era siempre el que tenia razon; pero tenia razon para la Asamblea por medio del pueblo, y mandaba á las sillas curules por su influencia en las tribunas. Lo que decia Mirabeau con palabras precisas, la multitud lo repetia

aplaudiendo, y bajo la impresion de sus aplausos y con frecuencia contra su voluntad escribia la legislatura. Folletos, libelos, calumnias, injurias, interrupciones, amenazas y silbidos, eran guijarros arrojados á la corriente de su palabra, que solo servian para hacerla echar espumarajos á cada momento. Para nada más. Cuando el orador soberano, impulsado por idea súbita, subia á la tribuna; cuando se encontraba cara á cara con el pueblo; cuando estaba allí de pié, dominando á la envidiosa Asamblea, como el Hombre-Dios en el mar, sin que ella le tragase; cuando su mirada sardónica y luminosa, fija desde lo alto de la tribuna en los hombres y en las ideas de su tiempo, media la pequeñez de los hombres con la grandeza de las ideas, entonces, ni le calumniaban, ni le silbaban, ni le injuriaban; cuando este hombre desplegabá su génio, su rostro resplandecía y todo se desvanecía ante él.

Mirabeau, en 1791, era al mismo tiempo odiado y querido: era un génio que aborrecian los eruditos y era un hombre que amaba el pueblo. Ilustre y apetecida fué la existencia de este hombre, que disponia á su antojo de todas las almas que se dirigian al porvenir; que con mágicas palabras y por medio de una alquimia misteriosa convertia en pensamientos, en sistemas, en planes de mejora y de reforma los vagos instintos de las multitudes; que nutria el espíritu de su tiempo con todas las ideas que su gran inteligencia desmenuzaba sobre la muchedumbre; que sin descanso y á brazo partido sacudia y azotaba en la tribuna, como se hace con el trigo en la era, los hombres y las cosas de su siglo, para separar la paja que la república debia consumir del grano que la revolucion tenia que fecundar; que producía insomnios á un mismo tiempo á Luis XVI y á Robespierre; á Luis XVI por atacar su trono, y á Robespierre porque le hubiera atacado la guillotina; que cada mañana al levantarse podria preguntarse: ¿Qué voy á destruir hoy con mi palabra? Era papa, en el sentido de guiar las conciencias, y Dios, en el sentido de guiar los acontecimientos.

Murió á tiempo; su cabeza soberana y sublime, que coronó el 91, la hubiera cortado el 93.

IV.

Siguiendo paso á paso la vida de Mirabeau desde su nacimiento hasta su

muerte, desde la humilde pila bautismal del Bignon hasta el Panteon, se vé que, como todos los hombres de su temple y de su talla, estaba predestinado.

El niño que nació bajo sus auspicios no podia dejar de ser un grande hombre.

Al venir al mundo, el tamaño desmesurado de su cabeza puso en peligro la vida de su madre, y cuando la antigua monarquía francesa, su madre segunda, dió á luz su reputacion, le faltó tambien poco para morir.

A la edad de cinco años su preceptor Poisson le dijo un dia que escribiera lo que se le ocurriese. El chicuelo, dice su padre, escribió lo siguiente: "Caballero, yo os suplico que escribais con cuidado, que no hagais borrones en las planas de la muestra, que obedezcais á vuestro padre, á vuestra madre y á vuestro maestro; que no los contradigais; nada de sutilezas; sobre todo respecto al honor no ataqueis á nadie si no os atacan. Defended á la pátria. No seais malo con los criados, pero no tengais familiaridades con ellos. Ocultad los defectos del prógimo, porque tambien podeis tenerlos," (1).

Cuando tenia once años, el duque de Nivernois escribia de él lo siguiente: "El otro dia, en los premios que á la carrera se disputan en mi casa, salió vencedor, obteniendo por recompensa un sombrero; se volvió hácia un adolescente que llevaba gorra, y poniendo el sombrero que gastaba en la cabeza del adolescente, le dijo: *Toma, que yo no tengo dos cabezas.* En aquel momento el jóven me pareció el emperador del universo; algo divino transpiró rápidamente en su actitud. Soñé, lloré, y la leccion me fué muy provechosa."

Cuando cumplió doce años, su padre decia: "Oculta un gran corazon su traje de niño. Tiene extraño instinto de orgullo, pero de orgullo noble. Es un embrión de un matamoros desmelenado, que quiere tragarse el mundo entero antes de haber cumplido los doce años," (2).

A los diez y seis años era tan atrevido y tan altivo, que el príncipe de Conti le preguntó: *¿Qué harías tú si yo te diese un bofetón?* El contestó: *Me hubiera visto embarazado para responder antes de inventarse las pistolas de dos tiros.*

(1) Este extraño documento se cita textualmente en una carta del marqués dirigida al baillío de Mirabeau en 9 de Diciembre de 1754.

(2) Carta inédita dirigida á la condesa de Rochefort el 29 de Noviembre de 1761.

A los veintiun años empezó á escribir una historia de Córcega en el momento en que un génio nacia en dicha isla (1). ¡Singular instinto de los grandes hombres!

Por esa época su padre, que le tenia muy sujeto, hizo de él este extraño pronóstico: *Es una botella tapada cuidadosamente desde hace veintiun años; si alguna vez se destapa de repente y sin precaucion, se escapará todo el liquido.*

A los veintidos años le presentan en la corte, y madama Isabel, que entonces tenia seis, le preguntaba si lo han inoculado. Esto hace reir á todos los cortesanos. No le habian inoculado, pero cerraba el gérmen de un contagio que más tarde habia de invadir al pueblo.

Se presentó en la corte con despejo, irguiendo la frente como el rey, lo que fué extraño para todos y odioso para muchos. Tenia el terrible *dón de la familiaridad*, como decia Gregorio el Grande.

A los veinticuatro años su padre, que era un filósofo agrícola, pretende llevarse consigo á su hijo y convertirlo en rural, pero no puede lograrlo. "¡Es difícil manejar la boca de ese animal fogoso!" exclama el anciano. Su tio el baillío, despues de examinar al jóven á sangre fria, exclama: "Si no es peor que Neron, será mejor que Marco Aurelio." "Pues bien, dejemos madurar esa fruta verde," contesta el marqués.

A los treinta años *maduró la fruta.* Empiezan ya á relucir las novedades ante las profundas miradas de Mirabeau. Se vé que en él rebosan las ideas. *Su cerebro es un horno repleto*, dice el prudente baillío.

Hé aquí lo que era Mirabeau á los treinta años, descendiendo de un hombre que se habia definido á sí mismo de este modo: "Yo tambien, señora, á los tres años peroraba, á los seis era un prodigio, á los doce una esperanza, á los veinte una pólvora, á los treinta un político teórico y á los cuarenta como soy ahora; un hombre cualquiera."

A los cuarenta años Mirabeau es un grande hombre; es el hombre de la revolucion; estalla á su alrededor una de esas formidables anarquías de ideas, en las que se funden las sociedades que han pasado, y Mirabeau es el déspota de esa anarquía.

El fué quien, permaneciendo silencioso hasta entonces, dijo á Mr. Brezé el 23 de Junio de 1789: *Decid á vuestro amo...*

(1) El 15 de Agosto de 1769; Napoleon.

Vuestro amo era el rey de Francia, y las anteriores palabras equivalian á levantar una frontera entre el trono y el pueblo. Representaba á la revolucion que dejaba escapar su grito; nadie se habia atrevido á tanto antes de Mirabeau. Los grandes hombres son los destinados á pronunciar las palabras que deciden las épocas.

Más tarde insultarán á Luis XVI más gravemente en la apariencia, le arrastrarán por el fango, le cargarán de cadenas y le silbarán en el cadalso. La república del gorro rojo le agarrotará, diciéndole palabras groseras y llamándole *Luis Capeto*; pero no se le dirá nada tan terrible como aquella palabra fatal de Mirabeau: "Decirle Luis Capeto, es herir á la majestad en el rostro; decirle *vuestro amo*; es herirla en el corazon."

Desde que Mirabeau pronunció esas palabras se constituyó en el hombre de la nacion, en el hombre que necesitaba aquel siglo en sus postrimerías. Fué popular sin ser plebeyo. ¡Extraña rareza en aquellos tiempos! La vida pública absorbe su vida privada. Honorato Riquetti, que es hombre perdido, será en lo sucesivo ilustre, escuchado y digno de consideracion. El amor del pueblo le sirve de coraza contra los sarcasmos de sus enemigos. Su persona será la más esclarecida que contemple la multitud. Los transeuntes se paran cuando él atraviesa una calle, y durante los dos años que llena con su fama, en todas las esquinas de las paredes de Paris los muchachos del pueblo escribirán correctamente su nombre, que, ochenta años atrás, Saint-Simon se desdeñaba de escribir bien (1).

Se encuentran sorprendentes paralelismos en la vida de ciertos hombres. Cromwell, desconocido todavía y desesperado de tener porvenir en Inglaterra, quiere irse á la Jamaica, pero se lo impiden los reglamentos de Carlos I. El padre de Mirabeau, no viéndolo tampoco en Francia para su hijo, quiso enviarlo á las colonias holandesas, pero se opuso á esto una orden del rey. Pues bien; quitad á Cromwell de la revolucion de Inglaterra y á Mirabeau de la revolucion de Francia, y quitareis quizá dos patibulos de las dos revoluciones. ¡Quién sabe si la Jamaica hubiera salvado á Carlos I y la Batavia á Luis XVI!...

Pero el rey de Inglaterra quiso retener á Cromwell y el rey de Francia á Mirabeau. Cuando un rey está condenado á

(1) Saint-Simon escribia *Mirebaut*.

muerte, la Providencia le venda los ojos; y es cosa extraña que lo más grandioso de la historia de una sociedad dependa con frecuencia de la más insignificante pequeñez de la vida de un hombre.

La primera parte de la vida de Mirabeau la llena Soffa y la segunda la revolucion: primero una tempestad doméstica, despues una tempestad política. Cuando se examina de cerca su destino, se comprende lo que hay en él de fatal y necesario. Los desvíos de su corazon se explican por los sacudimientos de su vida.

Fijaos bien: nunca las causas se han ligado tan cerca de los efectos. La casualidad le dá un padre que le enseña á despreciar á su madre, y una madre que le enseña á odiar á su padre; le entrega en manos del preceptor Poisson, que no profesa afecto á los niños y que le trata con dureza porque es contrahecho y feo; lo entrega al criado Grevin, que es espía cobarde de sus enemigos; le dá una madrastra (no casada) que le detesta porque no es hijo suyo; una esposa que le rechaza; le dá nobleza, que reniega de él, y le entrega en poder de unos jueces que le condenan á muerte, y luego en manos de Luis XV, que le encierra en la Bastilla. De modo que, padre, madre, mujer, preceptor, magistratura, nobleza y rey, es decir, cuanto rodea y presta apoyo á la existencia del hombre en el orden legítimo y natural, todo es para él enemigo, obstáculo, ocasion de caída. La familia y la sociedad son para él madrastras, y en la vida solo encuentra que le aman dos cosas irregulares y sublevadas contra el orden; la querida y la revolucion. No debemos, pues, extrañar que por la querida rompa todos los vínculos domésticos y que por la revolucion rompa todos los lazos sociales, como no debemos asombrarnos de que el demonio de la familia se convierta en el ídolo de la mujer sublevada contra el marido y en el dios de la nacion divorciada de su rey.

V.

El sentimiento que causó la muerte de Mirabeau fué unánime, nacional. Presentíase que algo del sentimiento público desaparecia con su alma; pero hay un hecho sorprendente y que es preciso referir, porque seria cándido atribuirlo á la admiracion arrebatada é irreflexiva de los contemporáneos; este hecho fué que la corte vistió luto como el pueblo. Sen-